

Entrevista con un Adolescente

L.P. 20/9/36 por Sebastián Salazar Bondy

LP 20/09/1956

Un joven se acerca. Timidamente pide un minuto de atención. "Leí su artículo del lunes —dice— y quisiera que usted me orientara con respecto a mi vocación". Le respondo que, pese a mi buena voluntad, eso no me será fácil, y que hay técnicos que tienen como obligación llevar a cabo dicha tarea en las escuelas y los colegios. No lo ignora, sin embargo, pero duda de hallar en esas personas la acogida que su ansiedad merece. Accedo a hacer el papel —que no quiero usurpar a nadie— de descubridor de las inclinaciones vitales de este reciente amigo, un poco abrumado por la responsabilidad que ello implica.

"Bueno —se me ocurre preguntarle una vez que estamos instalados en la mesa de un café—, ¿cuál es el curso escolar que más le gusta?" (Pienso, ingenuamente, que esta es la mejor manera de comenzar). Mi joven interlocutor queda en silencio. La respuesta es insólita: "Me gusta caminar por la ciudad, mirar el mar, los deportes y algunas películas... Las que no les gustan a mis amigos...". Me mira desconfiado. Y no sé, en verdad, si es sincero o me toma el pelo. Como prefiero siempre juzgar bien a la gente, mientras no tengo pruebas en contra, no manifiesto con ninguna expresión mis incertidumbres. "Usted —se apresura a decir el muchacho— es la primera persona que no se ha reído al oír lo que le he dicho". Tranquilamente le replico: "Esas aficiones no tienen nada de extraño. A mí también me atraen la ciudad y el mar. Soy aficionado al fútbol y en lo que se refiere al cine prefiero ser exigente". Sonríe y bebe su café con cierto aire de satisfacción.

"¿Qué le pareció 'La Calle'?", lo interrogo. Sus ojos se iluminan: "Casi la pierdo. El cine es caro y no tengo plata. Pero la vi. Cuando Gelsomina toca la corneta en el convento, delante de su amiga la monja, me dio miedo. Ahí parece que se va a morir, ¿no es cierto?" El camino es bueno. Por esta brecha, rota ya la frialdad del principio, entramos en un tema esencial: la vida. Mi confidente es hijo de obreros medios, vive en una pequeña casita suburbana, tiene pocos amigos y se ha enamorado una vez. Termina su instrucción secundaria este año, como su padre le quiere dar una carrera, está ahora indagándose por cual de las conocidas y prestigiosas se decidirá. No es un mal alumno (me dice sus calificaciones), pero cumple con sus deberes por convicción no porque los estudios que debe hacer lo entusiasmen. A través de la charla descubro que despiertan su interés las cosas reales, vivas, dramáticas. "He escrito versos —contesta a una pregunta mía—, pero los he

roto...". Como conozco el pudor del poeta adolescente, insisto. "Se lo juro: los he roto", declara.

Hemos llegado al periodismo. Le explico cómo es mi oficio y qué es lo que en él hago yo y hacen cada uno de los otros en su respectivo puesto. Se desconsuela un poco. Como se lo hago ver, me aclara: "Me sucede siempre. Busco una cosa, la consigo y, enseguida, me desanima. Mi padre dice que soy voluble. Trato de corregirme pero no puedo... En serio". Hay una larga pausa, meditativa, entre ambos. Vamos por el segundo café y la humeante tasa despierta nuevamente el diálogo, "¿Ve, usted? Estar así me gusta. Me gusta, también, conversar. Pero no lo puedo hacer siempre porque no todos los temas valen la pena...". No obstante, encontramos uno en el cual nos enfrascamos: la política. Descubro que éste sí lo saca de su mutismo, en el que cae cada vez que un asunto se agota. Sus ideas no son claras en ningún punto, pero sabe que hay una causa justa, y la persigue sin concretarla. "Yo estuve cuando el ataque del 'Rochabús' a Belaúnde —exclama—, y ahí me sentí con fuerzas para hacer algo grandioso. Si lo atacan así, pensaba yo, sin que haya hecho nada malo, es porque tiene razón. Y ahí estuve hasta el final". Le pregunto: "¿Y ahora?" Reflexiona un rato y, después, habla: "Los partidos deberían dar clases sobre sus ideas, sobre lo que piensan hacer, pero no hay dónde enterarse de nada. Ahora no sé. Hasta dentro de dos años no tengo la ciudadanía, y puedo esperar".

Estamos llegando al término de nuestra conversación y veo, con pesar, que no podré dar orientación alguna a esta alma limpia e inquieta. Le recomiendo algunos libros, le sugiero ciertas ocupaciones, le doy consejos elementales, pero tengo la certeza que queda en él el mismo conflicto que antes. Yo puedo lavarme las manos y excusarme con el pretexto de que no es mi profesión la de revelar a los jóvenes su mejor camino profesional, mas eso no sería leal ni honesto. No puedo decirle: "Amigo, ha elegido usted un mal maestro. Hasta la vista". Nos hemos puesto en pie y caminamos rumbo a un ómnibus. Las calles están semivacías, pues el mediodía ha recogido a todos los viandantes a sus hogares. Sé, de pronto, que marchamos juntos, como en la vida, dos peruanos del siglo XX, y que los dos tenemos el deber de dejarles a nuestro descendientes una verdad que, ahora, apenas entrevemos. Al estrecharnos las manos hay calor de amistad, pero hay también angustia. El verso de Vallejo resuena en mis oídos cuando ya estoy lejos del joven que no sabe hacer: "...hay, hermanos, muchísimo qué hacer